

tencias anónimas que convierten el fuego en voz, sublevando al pueblo con el terror y la desesperación.

## XLI

Abaza-bajá, rebelado en Trípoli, se aprovechaba de estas agitaciones de la capital para avanzar hácia la Caramania con el ejército vengador de Othman II. Dueño de Siwas y de Angora, acababa de hacer asesinar á Yusuf-bajá, sublevado por la misma causa en Merasch, bajo el pretexto de que este colega meditaba el reconciliarse con los asesinos de Othman. En Cesarea, en donde habia entrado triunfante, los scheiks lo recibieron como á un libertador: « ¡No te-  
« mas nada, le habian dicho en presencia del pueblo,  
« la fortuna es tuya! Tú eres el enviado de Dios, él te  
« da el poder para librar á los musulmanes de la  
« opresion y de la tiranía de los genízaros. »

A la cabeza de sesenta mil hombres, Abaza confiscaba en todas partes las propiedades de estos, para pagar á sus tropas. Enemigo y verdugo declarado de esta milicia, allí donde descubria un genízaro, le hacia

cortar la cabeza despues de haberle puesto herraduras en los talones, como signo de asimilacion con los brutos. Dueño de toda la Anatolia, bloqueaba tres meses hacia la ciudad capital de Brusa.

Este desmembramiento impune del imperio, consumado por un rebelde extranjero, calificado de bárbaro, el fuego que devoraba todas las noches á Constantinopla, la insolencia de los soldados, la emulacion licenciosa entre los spahis y los genízaros, el idiotismo del sultan, la incapacidad de su madre, mujer que no poseia mas que la energía y la movilidad de sus pasiones, sin ninguna solidéz en el juicio, las intrigas sordas de la sultana Koesem en el antiguo serrallo, que tramaba la sustitucion de su hijo Murad al hijo de la Validé, tenian sumergidos los ánimos en una perpétua angustia. Los ulemas, indignados con los excesos de la dominacion militar intimaron al muftí que presidiese la reunion que iban á celebrar en la mezquita de Santa Sofia para deliberar acerca del peligro público. Para aumentar la efervescencia popular, les contestó el muftí que « miéntras fuese  
« Mere-Hussein gran visir, no tenian remedio los  
« males de la nacion; que iba á presentarse al sul-  
« tan para solicitar la destitucion de este impío y  
« corruptor de las tropas, y que no se presentaria  
« ante ellos sin haberla obtenido. »

Prevenidos los spahis del atrevido paso del muftí, formaron grupos á las puertas para impedirle con sus amenazas de muerte que se dirigiera al serrallo. Uno de ellos, hijo de un cuchillero, gritó á sus camaradas. « No lo dejeis salir, ó todos sereis degollados. » El muftí arrostró estas amenazas y subió al serrallo, escoltado por buenos musulmanes. Mere-Hussein, temiendo esta reunion, se rodeó de tropas vendidas á su causa en el palacio del aga de los genízaros, y ordenó desde allí á los ulemas de Santa Sofía que se retiraran. Estos, fuertes por el número, por su derecho, por el apoyo moral de los buenos musulmanes, recibieron á sus enviados con imprecaciones y los echaron á empellones de la mezquita. Algunos osaron dirigirse en diputacion al cuartel de los genízaros para excitar el patriotismo de los soldados con un supremo esfuerzo: « El sultan Mustafa, les dijeron con las lágrimas en los ojos, se halla privado de razon; se gobierna ó por mejor decir se destroza en su nombre el gobierno, que se halla á merced del haren ó de los ambiciosos que lo dominan; nos amenaza la ruina; dejadnos llamar legalmente otro príncipe al trono; ¿ qué decis de esto? » Los soldados, separados de sus jefes en aquel momento se interrogan con la vista y reconocen las calamidades de la patria. « Adonde

« quiera que los ulemas dirijan sus pasos, respondan al fin, los seguiremos. »

## XLII

Satisfechos los ulemas con esta deferencia de los soldados volvieron á Santa Sofía á tranquilizar á sus colegas respecto de la disposicion de las tropas, y á continuar deliberando sobre los males del imperio. Mere-Hussein les envia inútilmente otros negociadores para estimularlos á retirarse. Salen reunidos de Santa Sofía con el turbante de Akhschemseddin, uno de los mártires del islamismo, sepultados bajo la mezquita de Aiub, y despliegan este turbante sagrado para convertirlo en bandera. Los scheiks de las otras mezquitas de Constantinopla vienen á traer sus estandartes á Santa Sofía para unirlos al de Akhschemseddin. El pueblo saluda con sus aclamaciones la mezquita de Santa Sofía, empavesada con mil banderas; pero las armas faltan y la noche cae sin que las tropas, reconquistadas por las liberalidades del gran visir y de la Validé, se declaren.

Mere-Hussein lanza sobre Santa Sofía un pelo-

ton de genizaros y albaneses á las órdenes de un tschausch de Caramania. Derriban las puertas, degüellan á algunos ulemas y arrojan sus cadáveres á una cloaca para hacer desaparecer las pruebas de su crimen. Un dervis, que habia arengado al pueblo en favor de los ulemas, fué ahorcado al dia siguiente. La consternación cívica se ocultó ante la tiranía de los soldados; pero los ulemas hicieron votos secretos por Abaza y le enviaron emisarios para rogarle que viniera á salvar á Constantinopla.

## XLIII

Entretanto el gran visir, inquieto con la movilidad de los spahis, que separaban su causa de la de los genizaros, y que al parecer habia tomado parte en la insurreccion de los ulemas, habia dispuesto exterminarlos. Su plan, comunicado únicamente á algunos de sus familiares, consistia en reunirlos despues de las fiestas del Bairam en un patio del serrallo con el pretexto de pagarles, para destruirlos desde las ventanas y las almenas con sus albaneses.

Una casualidad descubrió esta trama. Durante las

fiestas del Bairam, el defterdar del gran visir fué á sentarse en el banco de una tienda del bazar cubierto, para ver desfilar las procesiones. Algunos soldados del cuerpo de los spahis osaron disputarle el asiento. « ¿No somos nosotros, le dijeron insolentemente, « los favoritos del padischah, y no tenemos derecho « para sentarnos en los sitios preferentes donde « quiera que nos convenga? » « — Sentaos, pues, les respondió amargamente el indiscreto defterdar, « pero despues de las fiestas se os administrará « justicia. »

Esta impudencia, transmitida de cuartel en cuartel, angustió é irritó á los spahis, y empuñando las armas se fueron en tropel al divan del gran visir. « Tú meditas nuestra ruina, le gritaron, pero nosotros queremos tu cabeza. » El serrallo, inundado por sus cohortes, resonaba con sus imprecaciones. La sultana Validé conjuraba á Mere-Hussein á ceder á la necesidad y á calmar el tumulto retirándose. « No, « no, dijo él, yo he recibido el poder de manos de los « genizaros, y no lo soltaré hasta que ellos me lo pidan. » Evadióse del serrallo y fué á ponerse como Hassan el Frutero, bajo la proteccion de los genizaros en su cuartel. Los soldados, lisonjeados con aquella confianza depositada en ellos, que revelaba que compartian con él el reinado, lo recibieron con

gritos de fidelidad. Mere-Hussein se retiró á la mezquita.

Entretanto, en ausencia del aga de los genizaros, su kiaya ó segundo general manifestó á los soldados el peligro que ofrecia sostener por las armas, contra los spahis á un visir repudiado por la mayoría del pueblo y de las tropas, y comprometer la dominacion del ejército en el serrallo, haciendo que se batiesen unos soldados con otros, con el objeto de sostener á un visir aborrecible. « ¿No vale mas, » les dijo el kiaya Beiram, « que os entendais amistosamente con vuestros hermanos los spahis para ele-  
« gir juntos un visir imparcial entre los dos cuer-  
« pos? »

Este consejo prevaleció. Los genizaros y los spahis admitidos á deliberar en igual número, depusieron de comun acuerdo á Mere-Hussein. Los sellos, entregados por este ministro al muftí, fueron llevados al sultan en un pañuelo de seda. Las tropas designaron como visir imparcial á un oficial, llamado Ali *el Ballestero*, nombre de su primera profesien.

Ali *el Ballestero*, inspirado por el muftí y los ulemas, popular entre el pueblo, omnipotente por la doble eleccion de los genizaros y de los spahis, convocó aquella misma noche á los jueces del ejército, al muftí, á los visires, á los generales, á los imanes,

á los scheiks de las mezquitas, organos religiosos, legales ó militares de los osmanlis, y los hizo deliberar sobre el peligro público.

La deposicion del sultan Mustafá I, y la proclamacion del príncipe Murad ó Amurat IV, niño de once años, el mayor de los hijos sobrevivientes de Achmet I, fueron votadas á una voz en el recinto mismo del serrallo del sultan y casi en su presencia. No se esperó el nuevo dia para sacar al nuevo sultan del haren de su madre, la sultana Koesem, y saludarlo sobre el trono de los otomanos.

Esta fué una de esas revoluciones pacíficas en que la evidencia de la necesidad justifica la resolucion unánime, y en que el patriotismo de todos sobresale sin oposicion y sin crimen por encima de las ambiciones y de las intrigas de los pocos. La naturaleza era cómplice de la deposicion de Mustafá, los mismos soldados, por la vez primera, reconocieron que las calamidades de la patria no debian ser para ellos un manantial de riqueza, y renunciaron á la gratificacion de costumbre en los cambios de soberano.

Mustafá I, su madre, sus mujeres y sus esclavos volvieron al antiguo serrallo.

Jamás príncipe alguno recibió el imperio con mas completa degradacion de gloria, de orden y de fuerza. Los persas habian conquistado sobre los lur-

cos siete provincias y una capital, á Bagdad. Abaza poseía toda el Asia; la anarquía de la soldadesca ocupaba el resto. El principio hereditario monárquico había minado hasta los cimientos de la monarquía en tres reinados; este principio había suministrado en treinta años dos niños y un imbécil. Ahora iba á darle un tirano.

## NOTA COMPLEMENTARIA.

### EL CAFÉ EN CONSTANTINOPLA.

—  
Tomo IV, página 398. — Tomo V, página 80.  
—

En general se cree que la apertura de los primeros cafés en Constantinopla tuvo lugar en el reinado de Soliman II; pero ya hacia mucho tiempo que se tomaba el café en muchas provincias de la Turquía.

El historiador Ahmed-Effendy atribuye su descubrimiento á un dervis de la órden de los schazilys, en Moka (Arabia), en el año 656 de la hégira (1258). Un dia, en que este solitario, proscrito de su convento, y desterrado á la

montaña Kiuth-Ewsab, se veía apremiado por el hambre y falto de todo recurso en aquel lugar desierto, imaginó el cocer los granos de un arbusto que crecía en las cercanías; tres días llevaba manteniéndose con aquella bebida, cuando dos amigos suyos, compadecidos de su suerte, fueron á verlo á su retiro, y le prodigaron todos los auxilios de la humanidad. Los dos tenían sarna. Deseosos de conocer la bebida á que el dervis debía su existencia, la probaron, gustaron de su agradable aroma, y continuaron tomándola durante los ocho días que pasaron en compañía de su amigo: viéndose limpios de su indisposición, atribuyeron su cura á este licor salutarífico.

Corrió por Moka la noticia del suceso. Los ciudadanos enviaron á buscar de aquellos granos, conocidos con el nombre de cahhwe, é hicieron uso de ellos con el afán y la especie de entusiasmo que inspiraban la novedad del descubrimiento y las virtudes que se les atribuían. El príncipe de Moka llamó al dervis, célebre despues bajo el nombre de *Scheikh-Omar*, lo colmó de beneficios y mandó construir para él al pié de la misma montaña un convento que, á lo que se asegura, existe todavía. Tal es la opinión de los musulmanes sobre el origen de una bebida que forma las delicias del Oriente.

En el *Universo Pintoresco* se lee lo siguiente acerca del arbusto que produce el café.

« El café constituye el principal producto del comercio del mar Rojo. Transportado, segun parece, de la Abysinia al Yemen, se ha aclimatado allí y se reproduce sin nece-

sidad de cultivo; pero no adquiere el sabor exquisito que le ha valido su reputacion mas que por el cuidado que de él se tiene.

« Aunque las regiones elevadas de la Arabia meridional convengan á la naturaleza de este arbusto, necesita además humedad y frescura; por esta razon los árabes plantan junto al café otros árboles para procurarle sombra. En las cercanías de Sanaa, es donde esta planta, cultivada con mucha inteligencia, adquiere toda la perfeccion posible. Las colinas, en forma de miradores, son regadas regularmente durante el estío por medio de grandes depósitos de aguas, hechos en las alturas. El arbusto del café está siempre verde, su altura ordinaria es de doce á quince piés; las ramas son elásticas, la corteza dura y blanquecina; las flores se parecen á las del jazmin y esparcen un perfume agradable. Niebuhr encontró los árboles en flor á principios de marzo, y el aire embalsamado con su delicioso aroma. Cuando cae la flor, la reemplaza el fruto, primero verde, despues encarnado y parecido, cuando está maduro, á una cereza. Dos granos envueltos en una fina telilla, se encuentran bajo la cáscara. Se hacen dos ó tres cosechas al año, y se ven con frecuencia en este arbusto, como en el naranjo, mezclados los frutos y las flores. La primera cosecha, que se hace por lo regular en el mes de mayo, produce la mejor calidad de café. Se sacude la pepita en un lienzo extendido debajo del árbol, se la seca al sol, y con un rodillo de madera ó de piedra, se saca el fruto de la cáscara. El café es llevado al merca-

do de Sanaa en los meses de diciembre y de enero. Las diferentes especies de café son, según M. Cruttenden, el schardji, el habbat, el uddeini, el matari, el harrazi, el haimi y el schirazi; las dos primeras, de grano pequeño y casi redondo, se venden á precios mas elevados que las demás. »

FIN DEL TOMO QUINTO.



BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO

